

San José, Costa Rica

1925

Lunes 19 de Octubre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Proseguir y adelantar*, por Azorín.—*El asesinato de un pueblo*, por Haya de la Torre.—*La postrer amiga*, por Ventura García Calderón.—*La creación de un Estado*, por Luis de Zulueta.—*La gesta de la campana*, por Carlos Luis Sáenz.—*Tablero*.—*Homenaje a Don Juan Rafael Mora*, por Ricardo Fournier.—*La Civilización del Sur*, por Jorge Cardona.—*Sobre los estudios estéticos*, por Rafael Estrada.—*Abd-El-Krim y Bolívar*, por V. Modesto Villavicencio.—LA EDAD DE ORO (Lecturas para niños).

No todo lo que se prosigue se adelanta», ha escrito Gracián. La fórmula se puede aplicar a todos los órdenes de la vida. A la literatura en general y a la redacción de las obras literarias la aplicaba, en especial, Baltasar Gracián. «No todo lo que se prosigue se adelanta». En la literatura, cada veinticinco años aparece una generación de escritores noveles. Bullen, rebullen, producen estrépito, se vanaglorian todos estos escritores de ser ellos los buenos, los nuevos, los que hacen adelantar una etapa nueva a las letras. Y en realidad, si la literatura prosigue, lo que adelanta es poco. De todos esos escritores nuevos que rebullen y se agitan cada veinticinco años, sólo quedan, acaso, dos o tres. La turba de novelistas, poetas, ensayistas, se desvanece—pasados los veinticinco años—en las brumas de lo pretérito.

El fenómeno que se produce en una literatura se produce, poco más o menos, en otra análoga, y con mayor o menor intensidad. No hablemos de la literatura española presente; deseamos no herir ningún legítimo amor propio; hablemos de las letras francesas actuales. La novela es uno de los géneros más abundantemente cultivados; no muere la novela; se transforma, sí, radicalmente. Y acaso esta transformación es parecida a una muerte: muerte de modalidades y técnica pasadas. En Francia son legión los nuevos novelistas. De todos los actuales cultivadores de la novela, ¿cuántos quedarán? Los poetas, a la hora actual, en Francia, son también innumerables. ¿Cuántos de esos poetas dejarán su estela en las antologías? Seis, ocho o diez, en resumen de cuentas, quedarán tal vez entre novelistas y poetas. La mayoría de esos nombres que ahora repiten y glorifican los escritores jóvenes españoles, no representará nada dentro de algunos años. No queremos nom-

## Proseguir y adelantar

—Los que últimamente aquí entretienen sus ocios en dárseles de críticos (según los dimes y diretes de los no pocos mentecatos de este islote literario), harían bien si acaso leyeran esta reciente, sobria y perspicaz lección de Azorín, humanista de subidos quilates. Que al menos la mediten los contados escritores jóvenes de valer, y que se reconforten y aprendan a perseverar en la paciencia, y en el estudio. ¿Lo oye Ud., mi dilectísimo Carlos Luis Sáenz?—

brar a nadie. Pero puesto que ya no se cuenta entre los vivos, deseamos hacer una excepción en favor de un ingenio joven, muerto cuando se abría ante él—como ante nuestro Cirio Escalante—un brillantísimo porvenir. Como Cirio Escalante, Raymond Radiguet murió a los veintitrés años. Compuso dos o tres libros, entre ellos *El baile del conde de Orgel* (novela de técnica divergente, no opuesta a la de Proust), y ahora acaba de publicarse un volumen póstumo de poesías del mismo sutil escritor: *Las mejillas encendidas* (*Les joues en feu*). Y Raymond Radiguet es un ejemplo que puede ilustrar la fórmula de Gracián. Muchos escritores, en una generación, prosiguen escribiendo libros, tratando de hacer adelantar a la literatura: pocos, poquísimos son los que, en realidad, la hacen adelantar. ¿Nos equivocaremos si aseguramos que el autor de *Las mejillas encendidas*—tan original y delicado poeta—la hubiera hecho adelantar, en efecto? La obra de este poeta y novelista contribuye—con las de otros varios ingenios—a señalar una etapa nueva en el arte.

La vieja retórica se transforma. Una manera nueva de decir ha entrado en la literatura. Dicen que en el teatro, según la frase de un crítico, «el reinado del hecho concreto ha concluido». Si esto fuera verdad, volveríamos a la estética de *La vida es*

*sueño*, de Calderón; pero—oígalo mi amigo Eugenio d'Ors—a *La vida es sueño*, auto sacramental, no al drama que leemos corrientemente y vemos representar.

Artículo esencial, a nuestro entender, de la nueva técnica, es la *supresión de las transiciones*. En los libros de Raymond Radiguet citados, y mejor en las poesías que en la prosa, se puede estudiar este capítulo de la nueva retórica. La supresión de las transiciones forma la base del nuevo arte de escribir. Pero no se engañen en España los escritores jóvenes: la empresa es ardua, difícilísima. Góngora no llegó del primer salto a la supresión de las transiciones. Se requieren para esta operación tres condiciones esenciales, indispensables: primera, sensibilidad de artista; segunda, propensión natural a la condensación; tercera, dominio del instrumento con que se ha de verificar la delicada y complicadísima operación; es decir, del idioma. Piensen, piensen en ello los innovadores jóvenes de la técnica, en la poesía y en la novela.

Me permitirá el lector que copie un juicio sobre Rubén Darío. El juicio es excesivamente duro: pero necesito copiarlo. Dice así: «El tal Rubén Darío no es más que un versificador sin jugo propio, como hay ciento, que tiene el *tic* de la imitación, y además escribe, por falta de estudio o sobra de presunción, sin respeto de la gramática ni de la lógica, y nunca dice nada entre dos platos. Eso es Rubén Darío, en castellano viejo».

Demasiado viejo. ¿De quién será este definitivo y terrible juicio? En él no queda ni el más ligero resquicio para la esperanza. ¿De quién será esta condenación inapelable? ¿De un crítico mezquino, intolerante, estulto? No, no, querido lector. De una de las más claras y bellas mentalidades españolas. De Leopoldo Alas